

Noaj, N°. 10, julio de 1995

RESCATE Y HOMENAJE

- Silver, Mirta. La casa de las salas circulares, pp. 71-73





La casa de las salas circulares

Mirta Silver

Muy poco es lo que sé sobre Mirta Silver. Que era mujer, argentina, judía, escritora. Que en 1977, sintiendo estrecharse el cerco del horror, quiso salvar sus escritos, y los distribuyó entre amigos. Que a fines de ese año, Silvia y Jorge Pustilnik asumieron el enorme riesgo de cruzar con ellos las fronteras argentinas y los trajeron a Israel, dejándomelos en entonces aún esperanzada custodia. Que su nombre figura en el censo de los desaparecidos.

Muy poco sé sobre Mirta Silver. Y sin embargo, creo saber lo fundamental: ese gesto definitorio y definitivo de perdurar en la obra aun cuando la vida no puede ser salvada. Por irónico azar, la publicación de este texto, programada con antelación, acompaña a los referidos a otra tragedia que también parecía inconcebible en Argentina. Ambas están como contenidas en la atmósfera kalfiana de este cuento, el cual, escrito en 1972, resuena hoy, como en 1977, con sordas percusiones de profecía.

Después de 1983, intenté, a través de la organización de las Madres, ubicar a algún pariente que fuera su heredero legítimo, sin resultado alguno. Sigo custodiando los textos que me confiaron; ignoro dónde están los restantes. Tengo la esperanza de que este rescate induzca a alguien a emprender el esfuerzo de publicarlos, para que lo ominoso no prevalezca, para que la voz de Mirta Silver se yerga y haga oír por encima de quienes quisieron reducirla al absoluto silencio.

Florinda F. Goldberg

ENTONCES esperó en la sala. Miró los bancos de madera alineados contra la pared, y el color de la pared gris claro, casi blanco, ofensivo de blanco y gris, perdido, desvaído para la vista, los ojos cansados, pensó que estaban cansados; pasó su mano por los párpados, tragó saliva.

Sintió que tragaba saliva, que tenía sed. Recordaba bien, horas, horas de sed pensó, y esperó en la sala, mirando la puerta gris-

blanca, esperando. Y después miró hacia la amplia ventana, el ventanal inmenso de cristales de la pared izquierda levantado sobre las casas blancas, eximido de sombra, hacia el cielo. Y el cielo era gris pensó, observó tras la ventana el sol desdibujándose detrás de las nubes en la calle, y volvió a recordar la sed.

Catorce salas pensó, y después se dijo que tal vez no fueran catorce, que erraba, que estaba cansado, que tenía sed. Las

amplias salas recorridas, las caras en los mostradores, en los escritorios. Rememoró, dos caras, tres caras, los anteojos, los hoyuelos, el bigote. Venía, pedía, las caras, y los tics, los gestos. Pedía, se repetía que venía a pedir, que tenía sed. Entonces alguien abriría la puerta, le hablaría, le diría; imaginó que le dirían, y que después vería otra sala. Las salas continuadas pensó, comunicantes. Miró las manos rugosas y cansadas apoyadas sobre el pantalón, las manos no se comunicaban pensó, las salas no se continuaban.

Y después saldría a las calles, y miraría otra vez las veredas, serían sus pasos largos por las veredas, preguntando nombres, caminaría, tendría que caminar otras cuadas, otras veredas, y serían otras caras por las calles, él iría pensó, entonces esperaba.

Miró las manos, el pantalón bajo las manos, y la tela amarronada sobre el color negro de su tela, negro con débiles guías blancas. Alguien había dicho que debía llevarlo, de ese color, de esa factura, negro, cruzado, con líneas blancas. Arrastró por las piernas su mano oscura, rugosa, fatigada; lo llevó se dijo, obedeció, cumplió.

Miró nuevamente sus manos, volvió la sed, el recuerdo de las salas circulares; miró la puerta semiblanca, apoyó la cabeza en la pared casi blanca, cerró los ojos.

Recordó las calles, las calles antes pensó, antes de la casa, todas las calles, veredas, casas, ventanas y puertas, cerradas, todas cerradas pensó, y era su huida. Huía por las calles, entre los ruidos, y después entró a los cuartos circulares, eso recordó, eso pensó. Por las salas busca, buscó, me han prometido dijo. Me han prometido repitió, y se prometió el recuerdo de las frases, prometió no olvidarse. Olvidaba con frecuencia, por instantes, olvidaba en las salas, frente a las caras, los gestos, junto a las palabras, olvidaba. Y las palabras olvidaban su pregunta, él olvidaba su respuesta, su pedido, su ruego, la promesa, ol-

vidaba en las salas. Abrió los ojos, se juró que no olvidaría, recordó que tenía sed.

Los ojos miraror: derecho hacia la puerta blanca, y la puerta blanca seguía cerrada, y parecía que jamás hubiera estado abierta, tal vez nunca estuvo abierta se dijo, y temió volver a olvidarse, confundirse, anularse, temió. Todas las salas se repetían.

Miró el techo y pensó que todo estaba bien así, de todos modos, bien así, y que cuando abrieran por fin la puerta tendría el papel y podría volver a la calle, esta vez tendría el papel. Y mientras pensaba miraba el techo blanco y las paredes casi blancas, investigó los bancos pintados de blanco, y las puertas y el marco de las puertas y de las ventanas, y se dijo que era un color de olvido, que se habían pintado para el olvido, como todas las salas, como todos los bancos, y los escritorios que había mirado, y el uniforme de todos los hombres, de todas las mujeres, con los que había hablado, todo blanco, para que todos olvidaran en las salas circulares pensó.

Tal vez todos debieran olvidar se dijo, y luego apretó cabeza oscura contra la pared blanca y dijo alto en la sala vacía, quisieran que todos olvidaran, ellos quisieran dijo, y apretó los párpados sobre los ojos negros, y prometió otra vez que no olvidaría. No olvidaría dijo, ni la calle, ni los ruidos, la fuga en las calles, y los gritos, toda la calle gritando siempre, sobre él, contra él; bajo el sol, persiguiendo su cuerpo hasta la casa de las salas circulares blancas; en alguna sala, tras alguna puerta blanca, le dijeron, me han dicho dijo, encontraría, le darían el papel, prometieron, y podría volver a la calle, dejaría de huir por la calle pensó en la sala blanca esperando, en las salas pintadas de blanco-tiza-gris para que todos olvidaran.

Y luego concentró sus fuerzas, recordó todas las salas y las caras, y las palabras, de una sala a otra sala, sin salir pensó, sin salir nunca, de una sala a otra sala, por largos

corredores blancos, de un cuarto a otro cuarto, esperando, cansado, recordó que estaba cansado, que tenía sed y se mojó los labios.

Miró su muñeca oscura y trató de adivinar la hora de esa espera después de todas las esperas en las salas, siempre blancas, se dijo; y después olvidó su pregunta, estudió su vello, el recorrido que su dedo dibujaba sobre la piel, y el erizamiento de la piel a ese contacto, y el puño de su camisa holgado y sucio, y el botón del puño quebrado y sostenido por el hilo, el hilo que unía los agujeros del botón, el remache torpe, la bocamanga de su saco, y después el saco, y cada uno de los botones, y por fin sus manos otra vez, y otra vez la puerta, cerrada, siempre cerrada. Se abriría dijo, preguntó si se abriría, si se había abierto alguna vez, y qué esperaba, y si esperaba, dónde estaba, por qué esperaba; volvió sus ojos a su mano, habló a su mano, le dijo que por fin olvidaría, sabía pensó, él también olvidaría.

Miró el ventanal sobre el cielo, sobre la calle, y pensó en su viaje, en los consejos, en las calles, en la huida hacia la casa de las salas circulares, y su cuerpo por las salas, su espera en los bancos, su paso por los corredores. Pensó, largos corredores solos, girando una y otra vez, intrincándose, para pasar de sala a sala, para llegar de un cuarto a otro, hasta qué sala, qué sitio, hasta qué puerta, preguntó y dijo, y sólo en alguna sala blanca, igual a todas las salas, le darían el papel sabía.

Fue el ventanal y miró la calle, la calle abajo, similar, casi igual a todas las calles por las que había caminado, por las que había corrido, la calle bordeando la pared del cuarto de esa casa, aparentemente inofensiva, cuadrada, con sus salas y sus largos corredores intrincados. La calle abajo miró, qué calle preguntó, cuál calle, en qué punto esa sala número catorce de su recorrido por la casa de las salas circulares, hacia arriba o hacia abajo, de dónde llegó a esa sala en la que esperaba mirando la calle que rodeaba

la casa que contenía la sala como única donde esperaba. Pensó y miró, en la sala número catorce esperaba, después de salas y corredores subiendo y bajando en declives suaves, subiendo y bajando a las salas, arriba y abajo de esa casa donde le habían dicho, donde le habían prometido. Y de ahí, hacia qué sala, dónde la quince, después de cuántos corredores, ascendentes o descendentes, iría, y de qué sala venía subiendo o bajando, torciendo y girando en largos corredores, y cuántas salas en verdad había recorrido, pensó. Dejó la ventana y volvió al banco, miró nuevamente la puerta, y el piso y el techo, cerró los ojos, olvidó, olvidó que estaba esperando. Y luego abrió los ojos, y el blanco esfumado de la sala, suave acudió a sus ojos, y todo era blanco, casi azul sobre los ojos, estiró las piernas, pensó que había dormido y miró el cielo a través de los cristales, y el cielo era gris pensó, casi azulado. Se frotó los brazos, pasó, pasó la lengua por los labios, recordó su sed lejana y comprobó que ya no la tenía, que no tenía sueño. No pensó, olvidaba.

Camino por la sala sola, acarició las paredes, las puertas, acarició despacio, se sintió bien, sentía, decía bien, decía protegido, olvidó la calle, su voz, sus manos, el sol, la espera. Después de caminar se sentó de nuevo y miró la puerta, una hora, dos, miró la puerta y ésa fue una nueva costumbre recién descubierta.

Y sólo después de muchas horas, fijó su vista en la ventana, en el día gris y quieto en los vidrios sin sombra, y vagamente pensó en su espera, y se preguntó cuántos días esperaba. Entonces comprendió que no saldría de esa sala, de esa casa, de esos corredores, despertó otra vez, se preguntó otra vez, esperó otra vez.

Miró la ventana y se acercó, después golpeó con el puño los cristales, golpeó una vez y muchas, soñó que bajaba a la calle para recordar de nuevo, y que huía, por todas las calles otra vez, entre todas las voces y las amenazas otra vez, huyendo, hasta volver a la casa de las salas circulares. Bs.As., abril 1972 